
Adiós, Robinson*

Ruido de avión que desciende.

ROBINSON.—(*Excitado*) ¡Mira, mira, Viernes! ¡La isla!

VIERNES.—Sí, amo.

A la palabra «amo» sigue una risita instantánea y como para sí mismo, apenas una indicación de risa contenida.

ROBINSON.—¿Ves la ensenada? ¡Mira, allá, allá! ¡La reconozco! ¡Allí desembarcaron los caníbales, allí te salvé la vida! ¡Mira, Viernes!

VIERNES.—Sí, amo (*risita*), se ve muy bien la costa donde casi me comen esos caníbales malos, y eso solamente porque un poco antes mi tribu había querido comérselos a ellos, pero así es la vida, como dice el tango.

ROBINSON.—¡Mi isla, Viernes, vuelvo a ver mi isla! ¡Reconozco todo a pesar de los cambios, todo! Porque como cambios, los hay.

VIERNES.—Oh sí, como cambiar ha cambiado, amo (*risita*). Yo también reconozco la isla donde me enseñaste a ser un buen esclavo. Allí se ve el lugar donde estaba tu cabaña.

ROBINSON.—Dios mío, hay un rascacielos de veinticuatro..., ¡no, espera, de treinta y dos pisos! ¡Qué maravilla, Viernes!

VIERNES.—Sí, amo (*risita*).

ROBINSON.—Dime un poco, ¿por qué cada vez que te diriges a mí te ríes? Antes no lo hacías, sin contar que yo no te lo hubiera permitido, pero de un tiempo a esta parte... ¿Se puede saber qué tiene de gracioso que yo sea tu amo, el hombre que te salvó de un destino horroroso y te enseñó a vivir como un ser civilizado?

VIERNES.—La verdad, no tiene nada de gracioso, amo (*risita*). Yo tampoco comprendo muy bien, es algo completamente involuntario, créeme. He consultado a dos psicoanalistas, uno freudiano y el otro junguiano, para doblar las chances como hacemos en el hipódromo, y para mayor seguridad me hice examinar por una eminencia de la contra-psiquiatría. Dicho sea de paso, éste fue el único que aceptó sin dudar que yo fuera Viernes, el de tu libro.

ROBINSON.—¿Y cuál fue el diagnóstico?

VIERNES.—Todavía está en procesamiento electrónico en Dallas, pero según me informó Jacques Lacan el otro día, se puede sospechar desde ya que se trata de un tic nervioso.

* *Cuadernos Hispanoamericanos* agradece a Ricardo Bada, de la *Deutsche Welle*, el habernos facilitado el presente original inédito, y a la agencia ALIA la buena voluntad puesta para autorizar su publicación. Se trata del único texto radiofónico escrito por Julio Cortázar.

ROBINSON.—Ah, bueno, si no es más que eso, ya pasará, Viernes, ya pasará. Mira, vamos a aterrizar. ¡Qué magnífico aeropuerto han construido! ¿Ves las carreteras, ahí y ahí? Hay ciudades por todas partes, se diría que esos son pozos de petróleo... Ya no queda nada de los bosques y las praderas que tanto recorrí en mi soledad, y más tarde contigo... Mira esos rascacielos, ese puerto lleno de yates... ¡Quién podría ya hablar de soledad en la isla de Juan Fernández! ¡Ah, Viernes, ya lo dijo Sófocles, creo, el hombre es un ser maravilloso!

VIERNES.—Sí, amo (*risita*).

ROBINSON.—(*Para sí mismo.*) La verdad es que me joroba un poco con su risita.

VIERNES.—Lo que no entiendo, amo, es por qué has querido volver a visitar tu isla. Cuando se lee tu libro con verdadero espíritu crítico, el balance de tu estancia en la isla es bastante nefasto. La prueba es que cuando te rescataron, casi te vuelves loco de alegría, y si al ver alejarse las costas de Juan Fernández no les hiciste un corte de mangas, fue tan sólo porque eres un caballero británico.

ROBINSON.—Ah, Viernes, hay cosas que los indios como tú no pueden comprender a pesar de lo mucho que los ayudamos a diplomarse en las mejores universidades. La noción del progreso te está vedada, mi pobre Viernes, y hasta diría que el espectáculo que ofrece nuestra isla desde el aire te decepciona o te inquieta; algo de eso leo en tus ojos.

VIERNES.—No, amo (*esta vez sin la risita*). Yo sabía muy bien lo que íbamos a encontrar. ¿Para qué tenemos la TV y el cine y el National Geographic Magazine? No sé realmente por qué estoy inquieto y hasta triste; tal vez en el fondo sea por ti, perdóname.

ROBINSON.—(*Riendo.*) ¿Por mí? ¡Pero si tienes ante tus ojos al ser más feliz del universo! ¡Mírame bien, y mira el espectáculo que despliega sus alfombras ahí abajo!

VIERNES.—Hm.

ROBINSON.—¿De qué podría yo quejarme si en este momento asisto no solamente a la realización de mis sueños de progreso y de civilización, sino a los de toda la raza blanca, en todo caso la británica para estar más seguros?

VIERNES.—Sí, amo (*risita*), pero todavía no has visto la isla de cerca. Tu alegría podría ser prematura, es algo que yo siento con la nariz, si me perdonas.

ROBINSON.—¡Con la nariz! Oh, Viernes, después de la educación que te hemos dado...

VIERNES.—Desde luego impecable, amo (*risita*). Lo que no entiendo es que el avión no cesa de dar vueltas sobre la isla.

ROBINSON.—Pienso que el piloto me rinde un conmovedor homenaje, Viernes, dándome la oportunidad de ver en detalle mi querida isla convertida en un paraíso moderno. ¡Ah, ahora sí aterrizamos! Prepara nuestro equipaje de mano. Cuando retires las valijas, cuéntalas bien, cinco más y tu bolsa de arpillera.

Ruido de avión que aterriza, descenso de los pasajeros, marcha por largos pasillos, etc.

ALTA VOZ.—Los pasajeros con destinación a Buenos Aires, Quito, Santiago y Panamá, sigan el corredor marcado con flechas verdes. Los pasajeros con destinación a Houston y San Francisco, sigan el corredor marcado con flechas azules. Los